

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Excepto aquellos en dominio público, los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *A Metropolitan Murder*

© 2003, Lee Jackson

Lee Jackson ha hecho valer su derecho, en virtud de la Copyright, Designs and Patents Act de 1988, a ser identificado como autor de esta obra.

© 2024, de la traducción por Marcelo E. Mazzanti

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-64-5

Código IBIC: FA

DL: B 8.167-2024

Composición:

Javier Sánchez Meco

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Lee Jackson

Un asesinato en Baker Street

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

El metropolitano avanza atronador por el túnel, escupiendo humo y levantando nubes de polvo. En su rugido hacia King's Cross pasa por una serie de curiosos huecos iluminados por solitarias lámparas amarillas; son las cuevas artificiales por las que vagan los trabajadores ferroviarios, encogidas sombras subterráneas que muestran de forma intermitente el blanco de sus ojos y esperan al último tren, cuando podrán comenzar su labor nocturna en las vías.

—¿Algo impuntual, Bill? —le dice uno a otro.

—Eso parece —responde su camarada, adusto.

El metropolitano sigue avanzando de estación a estación por el túnel bajo la New Road, socavando el negocio de los humildes carros y ómnibus, ignorando los pasos lentos y cansados de los transeúntes por las calles de arriba. Para algunos de ellos, el precio de un billete de ida y vuelta es sencillamente inasequible; para otros, el metro presenta un aspecto diabólico, y muchos juran que preferirían enfrentarse a lo peor del invierno londinense antes que bajar a esas grutas antinaturales. Pero qué le importa eso al hombre que trabaja bajo los pies de ellos. La ignorancia de los habitantes de la superficie se la trae al fresco, aunque admite que es cierto que el tren tiene algo de infernal, vomitando humo de la garganta de su chimenea, escupiendo cenizas ardientes que suben como la bilis y producen chispas al chocar contra los ladrillos ennegrecidos. Al menos, dice, la empresa paga bien, está a salvo del frío de la lluvia, y es cierto que el maldito tren va de lo más rápido a donde debe; de hecho, es lo más rápido que puede viajar una persona sin poner en peligro la salud (aunque también es cierto que a la gente de hoy no le importa mucho los datos ni los

números). Y se están creando líneas nuevas que irán aquí, allá y a todas partes, eso hay que reconocerlo. Pero esta línea en concreto siempre va a ser la más antigua, y, por tanto, la más conocida. Es la línea Metropolitana. Y este va a ser el último tren del día.

¿Quiénes cogen el último tren? Echemos un vistazo al último vagón, llamado de «segunda clase». Esparcidos en bancos cubiertos de tela (una tela de lo más ligera y vulgar, ojo), viaja media docena de personas en silencio, gente que no tiene los medios o las ganas de pagar seis peniques por los más mullidos privilegios de «primera». En un extremo hay una joven, atractiva pero desarreglada, con el pelo rojo atado torpemente solo con una cinta; dormita encogida, con la cabeza apoyada en la pared. La verdad es que va un poco demasiado desarreglada, la mantilla demasiado gastada y deshilachada incluso para segunda clase. Eso no impide que algunos de sus compañeros de viaje la envidien: al menos ella no tiene que hacer como si leyera los anuncios pegados por las paredes del vagón, cosa que es una distracción claramente obligatoria para la mayoría de los pasajeros. Por ejemplo, en la otra punta hay una criada con la cara sin pintar que se siente obligada a estirarse las mangas de forma estentórea e ignorar las miradas del apuesto vigilante que se sienta enfrente mientras fuma en pipa y se mesa distraído sus grandes patillas; no va de uniforme, pero ella reconocería a un vigilante en cualquier parte: conoce bien a esa clase de hombre y no desea enamorarse de otro más. Además, sentada al lado de la mujer va su misses, lo que, afortunadamente, impide cualquier clase de flirteo; y es que la misses requiere de atención constante: no le gusta viajar, le da por elevar la vista al cielo —o al menos hacia la superficie— con cada traqueteo del vagón y mantiene las manos bien unidas, como si rezara en silencio. Está tan ansiosa que la crinolina parece temblar por sí misma. También ella va con cuidado de no mirar a los demás pasajeros, aunque no puede evitar echar un vistazo ocasional; de hecho, parece llamarle especialmente la atención un curioso joven sentado frente a la chica que dormita; lleva un grueso y sucio abrigo y toma notas a lápiz en una libretita con tapas de cuero mientras el tren sigue su camino. Pero entonces él le devuelve la mirada y la saluda con un

ligero y educado gesto de la cabeza, provocando que ella vuelva a mirar al cielo. Tras pasar una cantidad razonable de tiempo, ella mira de nuevo en dirección hacia él. Contempla a la chica durmiente, cuyo cuerpo se mece a un lado y al otro, la cara medio oculta por la mantilla; ahora se da cuenta de que huele a ginebra. Hace un leve chasquido de desaprobación con la lengua y alza las cejas, animando silenciosamente a su sirvienta a que se una a ella con algún gesto similar de oprobio, cosa que esta hace sin perder un segundo.

Pero ¡alto! Un rugido de vapor y los frenos empiezan a cumplir con su función a medida que el vehículo se acerca a Baker Street, el raíl se divide en dos y atisban por un momento otro tren en otro túnel, hasta detenerse del todo y de forma poco ceremoniosa entre lo que parecen mil farolas de gas. Y en el andén aparece el rostro sombrío de un joven revisor con su uniforme, cuyo deber es inspeccionar el vehículo. Una vez detenido este del todo, abre las puertas una a una, con independencia de si hay alguien en el vagón o no.

—Aquí acaba el trayecto, damas y caballeros, debido a las obras en Paddington. Por aquí, damas y caballeros, por favor.

—¡Qué desgracia! —exclama uno.

—¡Esto es un timo! —clama otro.

Murmullos de quejas por todas partes. El revisor, apocado, se encoge de hombros.

—Lo mejor, si están descontentos —dice—, es una carta al jefe de estación.

Lo repite una, dos, media docena de veces, y acaba siendo suficiente. Poco a poco el tren se vacía: caballeros de sombrero alto y andares torpes, borrachos, sobrios, alegres y tristes; una tropa de damas muy propias, salidas del centro cívico; gente que regresa de los teatros y los *music-halls*; hombres, mujeres y niños; primera clase y segunda clase, mezclados; en definitiva, todos los que han comprado su billete. No existe ninguna institución, piensa el revisor, tan democrática como el metro.

Pero ¿qué pasa? Parece que el último vagón está tardando más que los otros en vaciarse. Sí, el vigilante ha salido de inmediato,

demasiado rápido para el gusto de la sirvienta, que decide que de todas maneras no le gustaba nada. A continuación sale su misses, la del miriñaque, que parece interpretar una comedia de enredo cuando su circunferencia no pasa por la puerta y ha de ser empujada por la sirvienta mientras el revisor tira de ella. Aún quedan dos, la mujer bebida y el joven de la libreta.

—Caballero, por favor, este es el fin del trayecto. Esta noche el último tren acaba en Baker Street. En Paddington hay obras.

—Oh, lo siento. No prestaba atención.

Mira a su alrededor, como si acabase de despertar de un sueño. La joven de la cinta en la cabeza sigue dormida.

—¿Despierto a, hum, mi compañera de viaje? —se ofrece el hombre.

—Se lo agradecería, si no es molestia.

—Por supuesto.

El joven se guarda la libreta en el abrigo, se inclina sobre la durmiente y le tira con suavidad de la manga. Ella no se mueve. Él mira al revisor como disculpándose y tira de nuevo, un poco más fuerte. Ella se inclina ligeramente hacia delante y se desploma hacia un lado; acto seguido se cae del asiento y se da de cabeza contra el suelo de madera polvoriento. Y ahí se queda, sin hacer el menor ruido, con el cuello torcido y una expresión sin vida, muerta, con la mirada perdida en el hombre.

—¡Por Dios! —exclama el revisor, que duda si entrar en el vagón o mantenerse lo más lejos posible. Acaba optando por lo segundo—. ¡Por Dios! ¡La ha matado!

El joven niega con la cabeza, aunque es imposible saber si debido a la estupefacción o porque no le parece que pueda ser real. Se pone en cuclillas y le toca la cara. Está fría.

—¡Asesinato! —grita el revisor, y su grito se extiende por el andén y resuena en las bocas sucias y oscuras de los túneles, aunque para entonces apenas queda ya nadie para oírle.

Un par de los últimos pasajeros se vuelven y miran, pero al momento empiezan a subir las escaleras para regresar a sus casas. Mientras, el joven del vagón se ha quedado un momento como paralizado. Entonces, se incorpora de golpe; al hacerlo, se le cae

la libreta. Corre a través de la puerta abierta, apartando de un empujón al revisor, que no se atreve a impedirle el paso, y corre arriba hacia las taquillas.

El revisor contempla el cuerpo sin vida.

—¡Asesinato! —exclama de nuevo, pero esta vez sin apenas alzar el tono, y se le parte la voz.

Capítulo 2

Medianoche

Dejemos Baker Street por un momento y viajemos dos o tres kilómetros al este, hacia la venerable plaza de Lincoln's Inn Fields. En una casa nada pretenciosa, en un callejón cerca del antiguo jardín, hay una mujer trabajando a la luz de una lámpara. Se llama Philomena Sparrow, y está inclinada sobre un cuaderno marcado como CUENTAS DE FEBRERO. Por todo su escritorio hay recibos y albaranes. Su rostro es de concentración intensa. Solo cuando suenan las doce en un reloj, el de pie que hay en el pasillo al que da su estudio, levanta la vista, sorprendida por lo tarde que se ha hecho. Se quita las gafas sin ganas y se frota los ojos. Parece un poco ansiosa, pero, sean cuales sean sus pensamientos, estos se ven interrumpidos por las voces altas que le llegan desde más allá de la puerta, resonando en el rellano de las escaleras. Frunce el ceño y se masajea la frente con las puntas de los dedos. Un momento después respira hondo y se levanta, irguiendo bien la espalda.

—¡Jenny! —llama desde el pasillo.

—Sí, miss —le contesta una chica con uniforme de enfermera, que baja las escaleras con paso ligero, hacia ella.

—¿Qué es ese ruido?

—Es Agnes White, miss. Está muy agitada. Dice que quiere tomar de nuevo su medicina.

—¿Más? Por favor, recuérdale la quinta regla de la casa: «Sobriedad en todo». Esto es cosa de su hija, que la ha puesto nerviosa. Ya lo había dicho yo: siempre acaba peor después de las visitas.

—Sí, miss.

—Dile a Agnes White que esto es un refugio, no una farmacia.

No va a recibir más medicina hasta mañana a su hora. Y puedes decirle también que, si nos da más problemas, vamos a revisar su carta de recomendación.

–Sí, miss. ¿De verdad va a hacerlo, miss?

–No, no, supongo que no, pero díselo igualmente. Y supongo que no habrá rastro de Sally Bowker.

–No, miss, ni rastro. Desde después del té.

–Tenía esperanzas con Bowker, Jenny. ¿Por qué se habrá saltado la hora de cierre?

–Lo siento, miss; no lo sé, miss.

Miss Philomena Sparrow suelta un suspiro, da las buenas noches a la enfermera y se dirige cansada a su habitación, al fondo de la casa. Encima de la puerta hay un lema cosido en tela con intrincadas letras góticas, enmarcado en cristal, minuciosa obra de una residente previa o quizá una superintendente como ella misma.

HOGAR, DULCE HOGAR

REFUGIO HOLBORN PARA MUJERES PENITENTES

Agnes White se sienta en el borde de la cama. No es vieja; no tiene más de cuarenta años, pero no le lucen demasiado. En concreto, su rostro está demacrado y tiene arrugas y su piel es de un color cetrino, lo que le da una apariencia lánguida acentuada por sus largos cabellos negros como el carbón y que le caen sueltos sobre el camisón blanco sucio que le dieron las enfermeras. Además, tiene la mirada casi perdida del todo.

¿Qué hora es? ¿Quién hay ahí?

–Hola, mamá.

–¿Lizzie?

Hace un año que no ve a su hija, pero la reconocería en cualquier parte; a fin de cuentas, es carne de su carne. ¡Y cuánto ha crecido!

Pero ¿qué hora es?

Esto está mal. Lizzie no puede estar aquí, no ahora.

–Hola, mamá. He venido a verte de nuevo.

Ah, ¿ya ha estado antes? No lo recuerda.

–¿Me oyes, mamá? ¿Qué pasa? Estás confusa. Es por la medicina que te dan, ¿verdad?

Me ayuda a descansar, dice. No, un momento. ¿Está hablando? Igual solo le parece que le habla. Es difícil saberlo.

–¿Mamá? Estás dormida, ¿no?

¿Qué hora es?

Bueno, piensa, qué más da si ya estoy durmiendo.

–¿Agnes?

¿Qué hora es?

¿La hora del té? No, eso fue antes. Esta tarde.

La hora del té. Veinte chicas rezando

–Padre nuestro, que estás por los suelos –susurra Agnes White. Vale. Hecho.

–Perdona, Aggie, querida.

Agnes ve cómo Sally Bowker se excusa y se levanta de la mesa. El perrito faldero de miss Sparrow. *Silly Sally*, «Sally la tontita». Agnes no la soporta, con esos aires que se da aunque todo el mundo sabe que abriría las piernas más que el Tower Bridge por un beso y una palabra amable. «Perdona, querida». ¡Anda ya!

Sally hace una pequeña genuflexión ante miss Sparrow y sube por las escaleras. Agnes espera un momento, también se levanta y la sigue.

Qué raro. La casa es diferente a como esperaba. Las escaleras no parecen estar donde deberían.

No importa.

–¿Vas a salir?

Sally lleva su mejor vestido de algodón estampado, el pelo rojo apenas recogido con una cinta marrón deshilachada en las puntas. Se pasa la mantilla sobre los hombros. A Agnes White le parece una mantilla andrajosa. Muy adecuada para Sally: barata y sucia.

–Métete en tus asuntos –contesta la chica, que se da la vuelta sobre los talones, sale y cierra la puerta.

Agnes la sigue, baja los escalones hasta la calle.

Pero es la calle equivocada. No es Serle Street, la callecita bien ordenada a un lado de Lincoln's Inn Fields, que, con sus limpios escalones y sus placas de latón en las puertas parece reprender al Refugio Holborn para Mujeres Penitentes. Esta es muy diferente; no recuerda a ninguna calle en concreto, sino a muchas en general. En realidad es estrecha y apretujada, más como un callejón, como esos lugares a los que Agnes White llevaba a hombres y jovencitos –o ellos a ella– entre los almacenes de Wapping High Street.

Le resulta suficientemente familiar.

Camina nerviosa, tambaleándose un poco sobre los adoquines húmedos y desaparejos, mientras se pregunta cómo ha ido a parar tan lejos de casa. Aquí, por supuesto, no hay farolas de gas ni sale ninguna luz de los almacenes, y llega la niebla del río.

¡Alto! Un ruido.

Tap, tap, tap, tap. Tacones sobre los adoquines, detrás de ella. No puede ser Sally, que ni siquiera tiene un par de botines decentes. No ve a nadie. Mejor seguir caminando.

Tap, tap, tap, tap.

Ahora suena más cerca. Pies apresurados. La alcanzan. Un aliento caliente en su cuello. Una mano fría en su garganta.

Y cae, cae, cae.

–¿Agnes? ¿Agnes? ¿Estás despierta?

Agnes White se despierta entre toses. Tiene la garganta tan cerrada que no se siente con fuerzas ni para ponerse en pie. Nota la piel fría y pegajosa, la ropa húmeda por el sudor. La chica la ayuda a incorporarse, le levanta la almohada.

–¿Lizzie? –pregunta con poco más que un murmullo.

–No, Aggie. Soy yo, Jenny. Me reconoces, ¿verdad?

Ella asiente y mira somnolienta a la enfermera.

–Estabas soñando. Acababa de acostarte. Me has despertado. Si no vas con cuidado, también despertarás a la miss.

Agnes vuelve a toser, una tos que le hace temblar los huesos y la golpea en el pecho, haciéndole encoger tanto los hombros que se le quedan marcados en el camisón como cuchillos que le asomaran de la piel.

–No hables, que vas a hacerte daño. Mira, te he traído tu medicina. La miss me dijo que no te la diera, pero..., en fin. ¿Quieres que te la dé yo?

Agnes White asiente. La chica mide cuidadosamente el líquido del botellín y le ofrece una cucharada. Agnes se inclina hacia delante y traga con ganas, como un bebé hambriento, el líquido marrón, denso y meloso. Sabe a azúcar quemado y pasa tan fácil que enseguida quiere más, y tira del brazo de la chica, rogándole otra cucharada. La enfermera niega con la cabeza y aparta el frasco.

–Con calma. Solo queda la mitad.

Agnes no dice nada. Siente cómo el líquido gelatinoso viaja por su cuerpo, le cae al pozo del estómago y desde allí se extiende. El efecto soporífero de la mezcla de láudano la envuelve desde dentro y le hace sentir como la calidez de una chimenea en un día de frío. La acaricia, le hace volver a meter los brazos en la cama, le hace cerrar los ojos.

–Mucho mejor, ¿verdad, querida? –dice Jenny–. La miss dice que tu hija te ha puesto nerviosa al venir así, de repente. Es eso, ¿no?

Agnes asiente, exhausta, y vuelve a quedarse dormida, aunque le duele mucho la garganta.

Capítulo 3

—¡Asesinato!

A la salida de la estación de Baker Street, un hombre llamado Henry Cotton corre más rápido que nunca. Es una suerte que sea joven y esté en forma. Pasa a toda velocidad, impunemente, por entre los taxis que esperan bajo las farolas. Sigue por Marylebone Road. No presta atención al tráfico, no mira a derecha ni a izquierda mientras corre. Tampoco se vuelve en ningún momento ni se detiene a escuchar los gritos lejanos que llegan resonando desde la estación. Solo avanza, los bajos del abrigo revolotean a su alrededor. Está como poseído por un instinto primitivo de supervivencia. Se tambalea al resbalar en el lodo viscoso que cubre la calle. Agita los brazos en el aire, descontrolado, pero no se cae, y sigue adelante frenético y sin aliento hacia las sombras.

Por supuesto, su carrera no ha pasado desapercibida, pero pronto desaparece de la vista de quienes lo persiguen. No es sorprendente que nadie esté seguro de qué camino ha tomado; él mismo no tiene ni idea del nombre de la calle por la que gira ni por qué decide doblar de nuevo y otra vez más. La verdad es que durante varios minutos no tiene ni idea del mundo que lo rodea, hasta que se queda del todo sin aliento y se ve obligado a parar.

Cuando por fin se recupera un poco, ve que está en unas bien cuidadas caballerizas, un callejón descendente de adoquines donde los caballos y los carruajes de los edificios cercanos se guardan bajo llave. Siente los pulmones a punto de reventar y tiene que apoyar un brazo extendido contra una pared para no caerse ante el repentino mareo que lo envuelve por completo. Imposible determinar cuánto tiempo se queda ahí parado, totalmente inmóvil, oyendo los martillazos de su corazón contra el pecho.

En uno de los establos un caballo suelta un resoplido; sin duda, todo eso lo ha despertado. A Henry Cotton lo sobresalta el ruido, y camina dando tumbos y siguiendo la pared de la caballeriza. Medio resbala de vez en cuando en los adoquines mojados. Llega a la otra punta del oscuro callejón y sale a otra calle. Una única llama de gas de una farola ilumina la escena, mostrándole las manchas de barro espeso pegadas a sus pantalones.

Respira, vuelve a caminar a paso rápido y, unos metros después, se da cuenta de que ha girado hacia Marylebone High Street.

—¿Un asesinato?

—Sí. Véalo usted mismo.

—¡Caramba! ¿Y él ha salido corriendo?

—Como un demonio.

Henry Cotton mantiene el paso decidido. El viento es frío. Se levanta las solapas del abrigo y se cubre el cuello con ellas. Mantiene la cabeza gacha y mira al suelo.

Observa que Marylebone High Street, un lugar lleno de vida de día, en la oscuridad de la noche no conserva un ápice de su vigor mañanero. Hasta las luces de las farolas están amortecidas. Se cruza con un puñado de peatones, todos representantes de la tribu sin hogar y apenas ropa que vaga por las calles antes del amanecer; su sola presencia le resulta opresiva. Un hombre de pelo oscuro, apoyado en cuclillas contra una pared, de apariencia irlandesa, lo mira pasar, desconfiado. Dos más que hablan entre ellos encogidos aceleran el paso y cruzan al otro lado de la calle, quizá para evitarlo a él. Nadie le pide dinero; va demasiado desarreglado como para que ni lo intenten. Intenta sacudirse el lodo de las perneras, pero solo consigue extender las manchas y ensuciarse las manos.

Vuelve a subirse las solapas y sigue caminando tan rápido como puede. Al poco gira hacia las calles que llevan a Regent's Circus. De vez en cuando, en algunas de las casas, hay una luz encendida en el salón o en un dormitorio, un toque de calidez tras las cortinas o persianas bien cerradas. Pero el aire nocturno es gélido y, mientras

camina, se fija en el brillo de la luna en cuarto menguante en lo alto del cielo, que va desapareciendo y reapareciendo por detrás de los tejados. Algo en su fría y gris palidez le recuerda el rostro de la chica tumbada en el suelo del vagón, y la luz de la luna se vuelve horriblemente poco acogedora.

—¿Ha ido alguien a buscar a la bofia?

Asienten.

—No va a llegar lejos.

Un taxi negro, elegante y lustroso, avanza a toda velocidad por Portland Place, hacia el parque; los cascos del caballo marcan un ritmo rápido. Henry Cotton espera a que pase. Solo después ve al policía que hay detrás, y que está ocupado hablando con una chica que tiene a su lado, una *demi-mondaine* con un estridente vestido color esmeralda. Ella, coqueta, le toca una mejilla, y se cuelga de su brazo como si estuviesen paseando juntos. A pesar de ello, el hombre no ha perdido de vista el mundo que lo rodea, y le dedica una mirada fugaz a Henry Cotton que lo obliga a cruzar.

—Buenas noches, míster —le dice el policía, ahora examinándolo mejor.

—Buenas noches, agente.

—¿Necesita ayuda, míster? —pregunta, mientras los pantalones cubiertos de barro le hacen levantar una ceja.

—Solo necesito cambiarme cuando llego a casa. He resbalado cruzando la calle. Toda una torpeza.

El agente sonrío.

—Pues tenga cuidado, míster. Las prisas solo nos llevan más rápido a la muerte, ¿eh?

—Sí, desde luego. Buenas noches.

El hombre asiente, satisfecho con el progreso de su «investigación». Tanto que enseguida vuelve a su conversación con la mujer, y Henry Cotton se aleja.

Cinco minutos más tarde a buen ritmo, Cotton está en la puerta de su vivienda, una habitación en una casita de Castle Street. Mira a ambos lados de la calle para comprobar que no haya nadie

mirando. Una vez que se ha asegurado, se limpia las suelas en la acera, abre con la llave y sube las escaleras en silencio.

La habitación en sí es pequeña, en el piso de arriba, y está amueblada al estilo espartano del que son más partidarios los propietarios que sus inquilinos. Cotton se sienta en la cama. La única luz son los restos que llegan de la farola de fuera y que se filtran por la guillotina de la ventana. Aun así ve que hay barro en la alfombra y que tendrá que limpiarlo. Seguro que en los escalones de fuera también hay. Instintivamente se lleva la mano a la cabeza para quitarse el sombrero, y se da cuenta de que no lo tiene.

El recuerdo de la chica muerta lo asalta como una puñalada, le revuelve el estómago.

Se dejó el sombrero en el tren.

Y también la libreta.

Capítulo 4

Durante el día, la estación de Baker Street se mantiene cálida debido al tráfico humano constante que pasa por el vestíbulo y baja y sube hasta y desde los andenes. Si hace muy mal tiempo y no entra luz por el sistema de claraboyas muy bien distribuidas del techo, se enciende el gas, y los pasajeros son recibidos por los brillantes globos que cuelgan como enormes burbujas por encima de sus cabezas. En las mañanas con mucha escarcha, la estación también les ofrece el calor extra que proviene de las calderas de los trenes detenidos o del vapor que emiten estos al ponerse en marcha, y que se condensa en pequeñas gotas sobre los ladrillos ya húmedos. Sin embargo, por la noche el lugar se vuelve más frío; a menudo las cañerías no transportan gas, por lo que no podría usarse ni aunque se desease, y los pocos hombres que trabajan en las vías llevan lámparas de aceite y visten gruesos abrigos de invierno. Al vigilante nocturno de la estación, que de vez en cuando los ve en la distancia, le parecen espectros amarillentos que pasan flotando y desaparecen, luciérnagas fantasmales que entran y salen de los túneles, aunque él mismo es el primero en admitir que tiene una imaginación muy dada a la fantasía. Pero esta noche no tiene ocasión de entregarse a ella. Lo que se encuentra es que el andén no está vacío, y el último tren no ha partido a su descanso nocturno. Hay un policía alto y barbudo, de aspecto grave y muy serio, a la entrada, y un grupo de media docena o más de colegas uniformados, cada uno con su linterna de ojo de buey, en el andén, examinando el último vagón o hablando entre ellos, inquietos. El vigilante baja a ver más de cerca.

—Va a venir un inspector, ¿verdad, sargento? —oye como un agente

joven le pregunta a otro mayor que agita ligeramente los pies en un intento vano de darse calor.

–Desde luego que van a enviar a alguien, chico. No van a dejar este lío para el agente que vio primero el cuerpo. Solo estaba cumpliendo con su deber, pero no es lo bastante listo.

–¿Fue usted quien lo vio?

–Sí, fui el primero en llegar, pero –añade con sarcasmo– la gente como yo no estamos dotados para trabajos muy cerebrales, ¿sabe?

Las conversaciones por el estilo se prolongan durante una hora o más; aparte de eso, nadie hace ni dice nada importante. Deben de ser las dos de la madrugada cuando les llega un grito a los hombres del andén, que tras interrogar al vigilante hace rato que están tomando café en torno a un hornillo.

–¡Haced como que trabajáis, que viene alguien! –exclama una voz desde las taquillas.

–¿Quién?

–¡Buf! ¿Es que no lo oís? No puedo creérmelo.

–¿Que si no oímos qué?

–¡Eso! Es Webb, ¿verdad? Han hecho venir a Webb. ¡Vaya suerte la nuestra!

Ante la mención de ese nombre, un par de los agentes ríen e intercambian sonrisas cómplices; otro par da salida a una selección de palabras malsonantes. El joven que había hablado antes con el sargento deja su café y sube apresuradamente las escaleras.

Sí, desde luego es un extraño ruido el que se acerca desde la calle: un traqueteo de ruedas metálicas que dan vueltas y vueltas con fuerza. El joven se abre paso para ver la fuente de tanta agitación: un hombre en equilibrio precario en un velocípedo de dos ruedas a transmisión por correa, pedaleando a toda máquina hacia la estación. El agente mismo no puede contener una sonrisa; ha visto unos pocos aparatos como aquel circulando por los parques, pero normalmente los conducen jóvenes deseosos de presumir de agilidad (o de moretones) ante las chicas que pasean. En este caso, el hombre es un corpulento policía cerca de la cincuentena y que va dando saltitos en el asiento ante la superficie irregular de Marylebone Road.

–Pues sí, que Dios nos ayude –susurra el sargento, sardónico–. Es Webb, el *bobby* en bici.

–No es un *bobby*, es inspector –le reprende otro–. Y va a oírle. –Chissst.

Decimus Webb se inclina sobre la rueda delantera del velocípedo y dobla frente a la estación. Nadie lo consideraría un hombre atractivo. Tiene una buena pelambreira rizada oscura que le asoma incontrolable por debajo del casco, una barba poblada y grandes ojos con gruesos párpados; estos últimos, especialmente, le dan cierto aspecto serio y tristón muy apropiado para su trabajo, recuerdan a un viejo perro de caza de mofletes caídos. A pesar de que su manejo de la bicicleta resulta cómico, con la cara roja por el esfuerzo en contraste con sus rasgos lánguidos, también es cierto que consigue trazar el arco del giro con pericia y estilo. Tal logro solo se ve empañado por su expresión ligeramente nerviosa al incorporarse, pasar la pierna izquierda por encima del cuadro y posar el pie en el suelo. Corto de aliento, no dice ni una palabra antes de haber apoyado el aparato contra la pared de la estación y limpiarse el polvo con las manos.

Mira al grupo de hombres de azul y frunce el ceño.

–Pronto les asignarán una de estas a cada uno, ténganlo por seguro –les dice, señalando la bicicleta–. Una máquina excelente, creación de monsieur Michaux, de París.

–Yo no pienso ir en esa carraca franchute –murmura el sargento. Webb oye el comentario, pero lo ignora.

–Es usted el sargento Watkins, ¿verdad?

–Sí, míster –responde él, reluciente.

–Bien, pues, sargento Watkins. –Webb habla lentamente, con mordacidad, mientras observa a los agentes que tiene ante sí como si estuviese pasando revista–. Me imagino que estamos esperando alguna clase de revuelta. –Hace una pausa para mayor efecto dramático–. Una revolución socialista subterránea, quizá.

–¿Una revuelta, míster? No acabo de entender...

–¿Por qué si no iba a encontrarme a la mitad de las divisiones D y X defendiendo la estación de Baker Street? Por favor, dígame, sargento, ¿cuántos hombres hay aquí?

Detrás del sargento, un par de agentes bajan sus tazas, avergonzados. Hasta el propio Watkins se ruboriza ligeramente.

–Bien, míster, en un asunto serio como este, en fin, es natural, cuando soplé el silbato vinieron unos pocos de los chicos, y...

Webb suelta un largo suspiro y agita la cabeza. El sargento calla.

–Organícelos un poco, por favor, que no parezca una fiesta de cumpleaños.

–Muy bien, míster.

–Y quizá, cuando acabe –añade Decimus Webb, con tono exagerado de exasperación–, yo podría echarle un vistazo al cadáver, si no es molestia. Y usted, agente...

–¿Sí, míster? –dice el joven, obsequioso.

–Vigíleme la carraca, por favor.

–¿Así es como la encontraron?

Decimus Webb contempla el cadáver de la mujer en el suelo.

–Sí, así exactamente –responde el revisor desde detrás de él–. Bueno, le dimos la vuelta y...

–Pare, hombre, pare. Aún no hemos llegado a ese punto. Al menos no la han cambiado de lugar; eso ya es algo. ¿Y a qué hora salió el tren de Farringdon Street?

–Debió de ser a las once y media, míster.

–Y, sin duda, se detuvo en todas las estaciones.

El hombre asiente.

–En todas y cada una, míster.

–Cuando el tren llegó aquí, ¿había otros viajeros en el vagón, aparte del hombre que salió corriendo? Era el de segunda clase, ¿verdad?

–Sí, míster, lo era. Vi a otras personas: un hombre, un par de mujeres...

–Y, por supuesto, dejó usted que se fueran sin más.

–Ya se habían ido cuando recuperé la compostura después del empujón que me dio el tipo que huyó, míster; fue tan fuerte que casi me hizo salir volando.

–Bien, veo que tenemos que volver al tipo en cuestión. Tenemos su descripción, ¿verdad, sargento?

–Sí, míster –responde él–. Era...

–No hace falta que me la diga, sargento; al menos, aún no. Por el momento es suficiente que dispongamos de ella. –Webb se sienta en el banco, sin dejar de mirar a la víctima–. Ahora estoy más interesado en la mujer. ¿Qué sabemos de ella?

–La estrangularon, míster. –El sargento ha seguido de cerca a Webb–. Marcas en el cuello. Y las extremidades aún no estaban rígidas, así que no debía de haber sucedido hacía mucho.

Webb se inclina y aparta suavemente la mantilla del cuello de la chica. A la luz de la linterna del sargento ve sombras de las abrasiones en la garganta. Frunce el ceño.

–No usaron ninguna clase de ligadura. Se lo hicieron con las manos.

El revisor da un paso atrás. Se ha quedado blanco.

–¿Con las manos? –repite.

–En cuanto al hombre que salió corriendo –interviene el sargento Watkins–, se dejó el sombrero.

–¿Y qué hemos averiguado del estudio de dicho sombrero, Watkins? –pregunta Webb, mirando la prenda y alzando una ceja con ironía. Es negro, sin nada especial, y reposa en el banco frente al cadáver–. ¿Tenía una cabeza muy grande? ¿Entonces es nuestro hombre, sin duda! En serio, sargento, ¿de verdad cree que fue él el culpable? ¿Por qué iba a quedarse en el tren? Tenemos que encontrarlo, por supuesto, pero le recomiendo que mantenga la mente abierta.

–Iba a añadir que también se dejó una libreta, míster.

–¿Contiene algo útil? –Webb no presta mucha atención a Watkins mientras rodea el cadáver para examinar el otro lado–. ¿Su dirección, quizá?

El sargento niega con la cabeza.

–Solo he conseguido leer una parte, míster. Muchas partes están escritas con símbolos como de taquigrafía. De lo que he podido entender...

No acaba la frase al ver que Webb acerca mucho su cara a la de la víctima y examina los rasgos con gran atención.

–¿Cree usted que era una, hum, mujer de la calle, sargento? Pa-

rece que llevaba colorete pero no sombrero. Tiene pinta de furcia, ¿no?

—Es posible, míster. No hemos encontrado nada que nos ayude a identificarla. En cuanto a la libreta...

—¿Qué le pasa a la libreta? Ya la examinaré en su momento.

—Solo es que creo que puede hacer que cambie usted de opinión sobre el hombre.

—¿Qué hombre? —pregunta Webb, aún concentrado en el cuerpo, que estudia desde diferentes ángulos.

—El hombre que salió corriendo.

Webb se vuelve hacia su insistente colega y, aún inclinado sobre el cadáver, lo mira a los ojos.

—¿Cree que va a hacerme cambiar de opinión? ¿En serio? —Quizá haya deslizado un deje de ironía en la pregunta. Hace una pausa, como valorando la remota posibilidad de que sea cierto—. Muy bien, sargento; he de confesar que me ha intrigado usted.